



La actividad en las salinas finalizó hace dieciocho años. Pese a que el Ayuntamiento recuperó una parte de las mismas, su estado general es de ruina

MONTEJO

Poza, un pasado ligado a la «sal»

Las salinas de Poza de la Sal han dotado a sus gentes, a lo largo de los siglos, de una singularidad diferenciadora. Edificaciones y ruinas recuerdan un pasado brillante y privilegiado

MARIA JOSE FERNANDEZ
FERNANDO TRESPADERNE

«UN capítulo importante de la historia de Castilla no se entiende si no es a la luz del papel que hizo Poza con sus salinas», con estas palabras resume Feliciano Martínez Archaga, la gran relevancia que la villa llegó a alcanzar en el pasado.

Feliciano Martínez, párroco durante una veintena de años de Poza de la Sal, publicó en 1984 —tras una laboriosa y exhaustiva investigación— el estudio «Poza de la Sal y los pozanos» que será reeditado.

De la lectura del libro, se desprende que la sal común, ha jugado en determinadas épocas un importante papel en la vida y economía de la villa pozana.

Las fuentes consultadas por Martínez, hablan de una explotación más o menos intensiva de la sal en época romana. Si bien, el autor fija la atención en el período de la Alta Edad Media, extendiendo su estudio hasta nuestros días. Los datos recabados apuntan hacia una clara vinculación de numerosos condes y reyes de Castilla a las salinas de Poza, bien por sus fundaciones bien por las gracias a éstas otorgadas.

La fabricación de la sal se realizaba entre los meses de junio y

octubre, por el procedimiento de extender la muera sobre las eras para que se evaporara bajo la acción del aire y calor ambientes. Cuando la muera llegaba al punto de cristalización se enturbiaba y se agitaba.

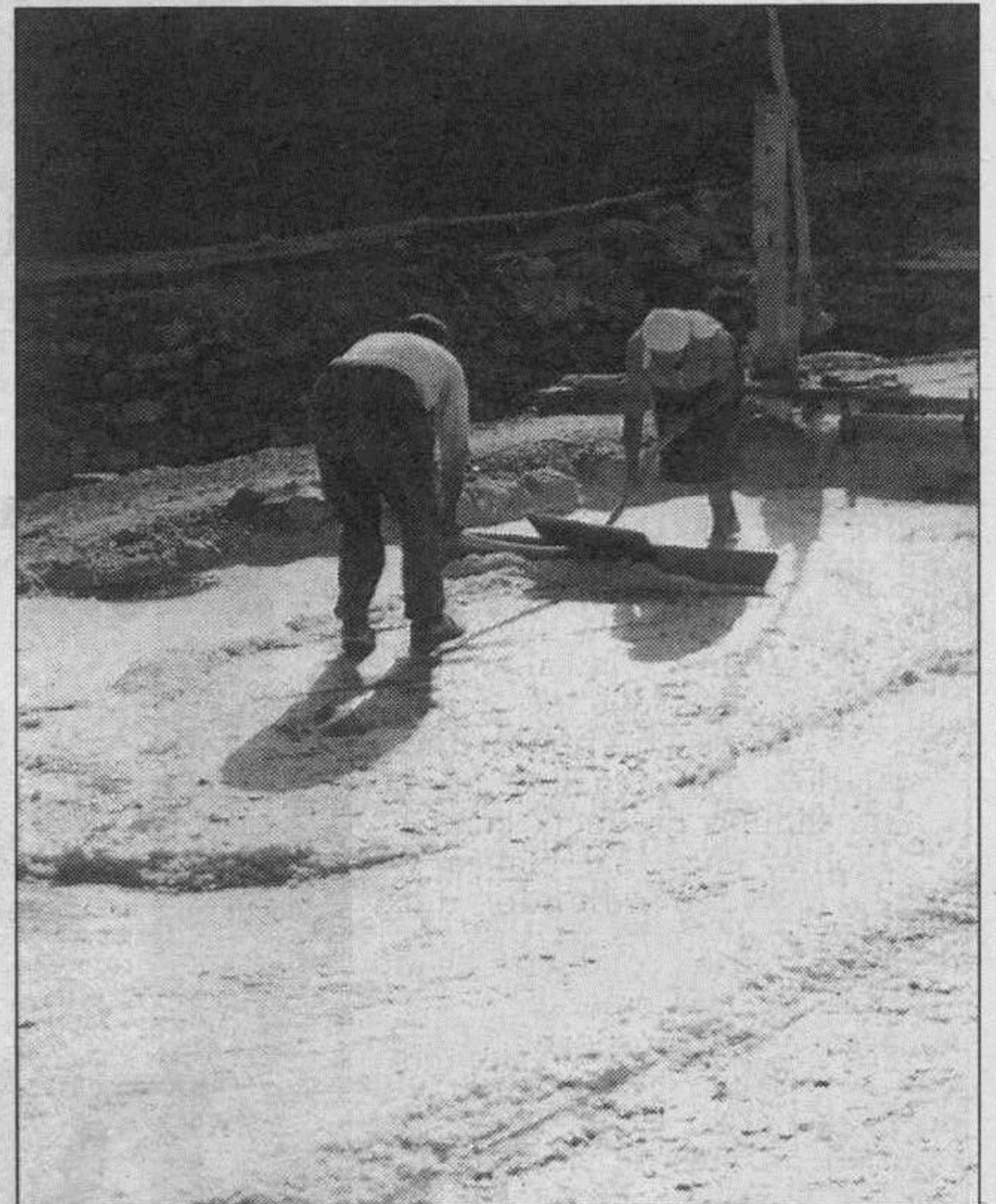
La extracción de la sal se verificaba por minas que recorrían la profundidad de todos los valles. La mina principal aparecía cortada por diferentes pasos y martillos y cada doscientos pies, se encontraban cañas que comunicaban con el aire atmosférico.

El agua potable para invertir en la disolución de la roca salina se recogía en un estanque fabricado en el extremo superior del recinto salinero, llamado «el urnio». En él, vertían su caudal cuatro fuentes muy puras desde lo alto de la mon-

L

A fabricación de la sal se realizaba entre los meses de junio y octubre, por el procedimiento de extender la muera sobre las eras, para que se evaporara bajo la acción del aire y calor ambientales

Imágenes como esta, antaño cotidianas, permanecen vivas en el recuerdo y retinas de toda una generación de pozanos



DB

taña para que, a voluntad del guardacaños de la fábrica, corriera a lamer los filones de sal gema en la profundidad de la mina. Una vez que la sal gema se convertía en muera, se extraía de la mina a fin de extenderla en las eras para su cristalización.

EDIFICIOS SINGULARES

El visitante que se acerque hasta Poza no sólo podrá contemplar lo que queda de las salinas, también topará con distintos vestigios archi-

tectónicos. Se trata de edificios surgidos al amparo de la actividad de extracción, que dotó al municipio de una relevancia hoy ausente.

Los beneficiarios de las salinas son divididos en tres tipos por el párroco Martínez Archaga: directos, indirectos y Real Hacienda. Los primeros, llegaron a rebasar el centenar entre los siglos XVIII y XIX. Por su parte, el control de las salinas ejercido por la corona propició una serie de empleos —tanto administrativos como policiales— en la villa, a través de los que ésta llenó



sus arcas. Los beneficiarios indirectos fueron sin lugar a dudas los pozanos. La fabricación de la sal y la conservación de las instalaciones, empleaban a cerca de trescientos obreros, mientras que el transporte de la sal ocupaba a cien más.

PASADO REAL

Tres reyes fueron los que desempeñaron un papel decisivo en el control de la sal por el Estado. Su

influencia ha quedado patente en forma de edificios en la villa pozana. A la época de Felipe II pertenece el gran almacén denominado «el depósito». Carlos III, por su parte, dejó la casa monumental de «Administración de Reales Salinas», que la Hacienda estatal levantó a sus expensas el año 1778. Al reinado de Carlos IV pertenecen los almacenes gigantes de «Trascastro» y de «La Magdalena».

La producción de sal fue variando a lo largo de los siglos. Según

MONTEJO
Carlos III hizo
construir la
casa
monumental de
la
Administración
de Reales
Salinas, en el
año 1778

TRES reyes -Felipe II, Carlos III y Carlos IV- desempeñaron un papel decisivo en el control de la sal por el Estado. Su influencia ha quedado patente en la villa pozana, en forma de edificios

las investigaciones de Martínez Archaga, en los siglos XV y XVI se extraía una cifra tope de 24.000 fanegas, límite impuesto por orden real y tras cientos de pleitos que Añana -otro importante centro de

producción salinera- ganó contra Poza.

La situación dio la vuelta al finalizar el siglo XVI, momento en el que los arrendadores elevaron la fabricación de sal a cien mil fanegas. La cota más alta de producción de sal se alcanzó en la primera mitad del siglo XIX.

Poza ha tenido la fortuna de contar con este centro productivo, pero sin duda acarrió a la villa grandes dificultades a la hora de comercializar y distribuir este producto básico. Mantener los derechos de la villa frente a competidores de dentro y fuera de su demarcación nunca dejó de ser una tarea ardua.

La existencia de las salinas en Poza, en opinión de Martínez Archaga, singularizó a la población dotándola de un talante humano claramente diferenciado del existente en otros núcleos cercanos, caracterizados por una economía puramente agrícola. «Hacia 1750, el catastro del Marqués de la Ensenada afirmaba que Poza era, después de Aranda, el segundo pueblo más grande de Burgos», asegura.

Esteban Quintanilla, el último salinero

Esteban Quintanilla, en compañía de su suegro -ya fallecido- y de su mujer, Eugenia Ruiz, fueron los últimos en abandonar las salinas, de eso hace ya unos dieciocho años. «No había fuerzas ya, no era rentable, la mano de obra era cara y la sal, como es una cosa que se come poco... pues tuvimos que dejarlo». En aquellos años esta familia producía cuatro vagones, entre sal blanca y negra, «dependiendo del verano, porque la sal depende mucho del verano. Si el verano es bueno se hace mucho más y si hace como este año no hubiéramos sacado ni para pipas», manifiesta Quintanilla.

Quintanilla, que guarda en su casa varios utensilios de los que utilizaba en las salinas, todavía recuerda el complicado proceso de elaboración y también los puntos de venta. «La sal blanca se vendía a la gente de los pueblos, para matanzas, y la sal negra se vendía en León, para la ganadería y curtidos de pieles».

En la memoria de este salinero está fija una imagen de Poza, «cuando tenía quinientos vecinos y se mantenía de las salinas y del viñedo».



MONTEJO
Esteban Quintanilla y su mujer guardan algunos utensilios.

En esta localidad cada vecino tenía sus parcelas, «unas más grandes que otras. Había quien las trabajaba; él y otros contrataban obreros. Mi sue-

gro, por ejemplo, era el administrador de unos señores de Bilbao y casi todas las explotaciones funcionaban igual. Propietarios, que lo hicieran

ellos mismos, únicamente había tres o cuatro».

«La competencia de las salinas de Añana y de San Fernando, que pueden dar el producto más barato porque no cuesta como esto, hicieron que las salinas de Poza fracasaran. De todas formas, creo que las canteras de piedra de sal -que aquí hay muchas y muy buenas- pueden ser rentables y dar trabajo a mucha gente».

TODAVIA SE HACE SAL

En la actualidad, todavía hay pozanos que hacen sal para su propio consumo, «pero lo hacen completamente distinto. El que tiene tiempo sube a la era, pone un plástico y cuando el agua se consume baja un poco de sal, pero no es lo auténtico de aquí».

A Quintanilla, ver el estado ruinoso de las salinas le produce una extraña sensación, «a los que lo hemos vivido, nos da pena, porque ahora al pasar y ver ese lugar -donde has pasado tantos ratos- hundido, te vienen muchos recuerdos... Me gusta recordar esa época y es que he pasado muchas horas con mi suegro en esas salinas».

MONTEJO
La producción
de sal se
depositaba en
grandes
almacenes como
los de «La
Magdalena» y
«Trascastro»